

Una fantasía concreta. Mito y hegemonía en los escritos de Antonio Gramsci

José Gabriel Rovelli

Hasta que no transformemos las ideas en ideas estéticas, es decir, mitológicas, no tienen ningún interés para el pueblo y viceversa: hasta que la mitología no sea racional, el filósofo tiene que avergonzarse de ella. Finalmente, ilustrados y no ilustrados tienen que tenderse la mano, la mitología tiene que volverse filosófica para hacer racional al pueblo y la filosofía tiene que volverse mitológica para hacerse sensible a los filósofos.

Hegel, Schelling, Hölderlin, “El programa sistemático más antiguo del idealismo alemán”, en Lacoue-Labarthe y Nancy (2012).

Debido a la pregnancia de una suerte de lectura teleológica de su obra, los escritos pre-carcelarios de Antonio Gramsci han sido considerados textos menores, meros ensayos periodísticos de ocasión desprovistos de la rigurosidad que caracterizaría a su obra madura, plasmada en los *Cuadernos de la cárcel*. Dicha lectura, extendida aunque ciertamente debilitada en los últimos años, viene a conceptualizar el complejo universo de referencias presentes en los escritos del joven militante y periodista sardo –de Marx a Bergson, de Dante a las novelas de folletín, de Lenin a William James, de Pirandello a los folletines católicos– en términos de un eclecticismo de referencias signadas por una insanable ocasionalidad, las que tenderían a desvanecerse a medida que se *cumple* la progresiva adecuación a un modelo de tipo leninista (Rapone, 2011). Acorde con dichas interpretaciones, el itinerario del que dan cuenta sus escritos juveniles culminaría con la (re)elaboración de la categoría de hegemonía llevada adelante a partir de 1923 y profundizada en las elaboraciones que constituyen los *Quaderni del carcere*. Asimismo, y

como corolario de dicho criterio metodológico, la relación entre los escritos pre-carcelarios y los carcelarios suele pensarse en términos de fuerte discontinuidad, tanto en el plano temático como conceptual.

Quisiéramos en las páginas que siguen situarnos en una línea interpretativa diversa, según la cual se trataría más bien de atender, a partir de una reconstrucción de la compleja trama conceptual con que se teje el pensamiento filosófico-político de Gramsci, al modo en que determinados núcleos problemáticos encuentran un primer despliegue en los textos juveniles para luego ser enriquecidos e internamente modificados a partir de las sucesivas adquisiciones teóricas y políticas de los años posteriores, de manera tal que sea posible encontrar dichos núcleos, en sus líneas generales, incluso en los escritos más tardíos. En particular, lo que nos interesa abordar en el presente trabajo es el modo en que una serie de textos pone en juego la cuestión de la centralidad de la dimensión imaginativa en tanto elemento fundamental en la conformación de las subjetividades colectivas. Si en el caso de los textos pre-carcelarios dicha cuestión se presenta, de manera embrionaria aunque lo suficientemente nítida, fundamentalmente al abrigo de la noción soreliana de mito, en los *Cuadernos de la cárcel* es abordada en el marco de una elaborada reflexión y reposición no reduccionista del concepto de ideología, el cual constituye la premisa fundamental para el planteamiento de la noción de hegemonía. Es a partir del encuadre teórico provisto por estos dos conceptos que el mito político vendría a ser secularizado en Gramsci, al pasar por el tamiz de una operación crítica en la que se liman sus aristas espontaneístas, antijacobinas, para insertarlo en una reflexión más vasta que atiende al necesario trabajo de interpelación y composición hegemónica de los elementos que constituyen la ideología en sus diversos órdenes. Asimismo, resulta interesante notar el modo en que dichas reflexiones introducen el problema teórico-político de la relación entre intelectuales y pueblo, o, en sus diversas modulaciones, entre filosofía y política, teoría y práctica, verdadera línea de continuidad, zona de permanencia temática, en el entero itinerario filosófico-político de nuestro autor, la cual encontrará en sus escritos carcelarios algunas de sus formulaciones más célebres.

I. El mito en los escritos pre-carcelarios

Al recorrer los textos gramscianos del período pre-carcelario, fundamentalmente aquellos de crítica cultural y política publicados en la prensa socialista a partir de mediados de la década de 1910, resulta evidente la creciente importancia otorgada por Gramsci a la cuestión de los imaginarios populares, en general vinculada a la reflexión crítica en torno a la fuerte pregnancia del imaginario católico en las masas de la gran ciudad industrial del norte. Este asunto, que se convierte en un tópico recurrente en dichos años, motiva una serie de reflexiones que, aún imbuidas de un tono netamente polémico, se alejan de un anticlericalismo vulgar para convertirse en ocasión de una indagación sobre la cuestión religiosa, que atiende a su materialidad de potencia efectiva, en tanto ideología que constituye subjetividad y extiende su potencia y consenso –y, por tanto, su realidad– sobre las masas. En sus análisis sobre la extensa variedad de soportes y modalidades de expresión y difusión del catolicismo –aunque también del liberalismo– en tanto fuerza efectivamente operante en la época, en tanto matriz de producción de los imaginarios populares –soportes entre los que se cuentan la literatura, la prensa, la actividad editorial, los opúsculos, revistas y folletines–, es posible advertir el concepto de hegemonía en estado práctico, embrionario, como si al polemizar con dichas publicaciones en el marco de un *giornalismo* de combate, militante, Gramsci tuviera ocasión de delinear tempranamente los contornos de la categoría de hegemonía, desprovista aún del encuadramiento conceptual en el que luego, en particular a partir del período comprendido entre 1923 y 1926, servirá como eje central a partir del cual pensar la constitución de una dirección intelectual y moral que unifique la experiencia de las multitudes humanas en dirección al establecimiento de un consenso, de manera tal de delinear una estrategia política para las clases subalternas en Italia¹.

En uno de dichos textos, titulado “La buena prensa” y publicado en febrero de 1916, Gramsci afirma que le resulta imposible no sentir “admiración” y “envidia” por los curas, quienes logran efectos contundentes con su propaganda cultural, a partir de la cual logran extender y hacer efectivas en la realidad, en tanto incorporados por las “multitudes silenciosas”, aquellos elementos que de otro modo quedarían relegados a la mera discusión doctrinaria del clero. Por el contrario, en las filas socialistas

¹ De acuerdo a Paggi (1984) es a partir del período comprendido entre 1923-1926 que Gramsci, bajo un fuerte influjo del pensamiento de Lenin, esboza el conjunto de categorías histórico-políticas –entre ellas, fundamentalmente, la de hegemonía– que serán retomadas luego, en tanto momento “teórico”, en sus escritos carcelarios. Los aportes de Cospito (2004) permiten articular el período previo al encarcelamiento con las sucesivas reformulaciones correspondientes a los *Cuadernos de la cárcel*.

“prestamos poca atención a este lento trabajo de empantanamiento cultural al que se dedican los curas. Se trata de algo impalpable, que se escurre como la anguila, blando, que no parece consistente y que, sin embargo, viene a ser como ese colchón que aguanta los cañonazos mejor que los muros fortificados de Lieja” (Gramsci, 2009: 12-13).

Dicho desdén por el lento trabajo de maceración y constitución de un régimen de creencias señalará, a los ojos del joven militante socialista, las limitaciones teóricas y políticas del marxismo de su tiempo, así como uno de los nudos fundamentales a partir de los cuales repensarlo. En este sentido, la reflexión sobre el campo de fuerzas en pugna que constituyen los soportes imaginarios a partir de los cuales se traman las subjetividades populares, sus aspiraciones, sentimientos y esperanzas, lleva tempranamente a Gramsci a producir un desplazamiento con respecto a la “lógica de la transparencia” como marco estrecho en que el marxismo resulta confinado en tanto horizonte teórico-político, en detrimento de su capacidad de activación política de las masas². Tal desplazamiento se condensa en los textos de dicho período en la categoría de mito, de evidente raigambre soreliana, la cual constituye el elemento central de una compleja constelación conceptual de matriz vitalista que recorre los textos pre-carcelarios de Gramsci. Es dicha constelación la que permite a Gramsci llevar adelante dos operaciones simultáneas y complementarias en relación al marxismo como tradición heredada: por un lado, la desarticulación del estadialismo progresista característico del socialismo italiano de inicios del siglo XX, tanto en sus vertientes reformistas como en aquellas maximalistas; por otro, como venimos sosteniendo, el dislocamiento de la matriz iluminista y racionalista que gobierna la aproximación marxista a los “sentimientos espontáneos de las masas”.

Respecto de la primera operación, es posible rastrear su presencia en diversos textos del período 1914-1919. En ellos, la revolución como ruptura y dislocación de una temporalidad histórica lineal, progresiva y acumulativa implícita en la filosofía de la historia del marxismo positivista (Gramsci, 1982: 513-517), la irrupción de una experiencia de comienzo radical de lo nuevo y de “creación indeterminada” como la que señalan los acontecimientos del octubre ruso, el concepto de creación histórica como contraposición al

² Sobre la importancia de una puesta en valor de la imaginación para interrogar las culturas subalternas, véase la propuesta de una sociología de la imagen reconstruida en el trabajo de Catalina Sánchez en este mismo volumen.

de repetición así como al de naturaleza y como manifestación de la espontaneidad y creatividad del espíritu humano, del “impulso vital de la nueva historia rusa” (Gramsci, 1984: 580), la crítica al concepto de determinismo en tanto limitación de las potencias humanas, constituyen los principales tópicos y elementos que permiten a Gramsci desarticular la filosofía de la historia evolucionista propia del socialismo positivista e inaugurar un nuevo tipo de comprensión de la experiencia humana, en la que el recurso a Sorel y Bergson se comprende mejor si es leído menos en términos de ruptura y *desviación* respecto al marxismo que en tanto crítica a su reducción a un canon determinista, centrado en la inevitabilidad “natural” del desarrollo de las fuerzas productivas³.

En relación a la segunda operación a la que aludíamos, consistente en una desarticulación de la filosofía ilustrada de la conciencia y del sujeto mediante la puesta en juego del concepto de mito político, la misma se despliega fundamentalmente en el contexto de las discusiones que se desatan en Italia a partir del arribo de las noticias que dan cuenta de los sucesos de la revolución bolchevique en Rusia, así como a partir del inicio de la experiencia de los consejos de fábrica. En un texto posterior en algunos meses a los acontecimientos del octubre ruso, Gramsci se pregunta sobre cuál pueda ser el “relojero de la revolución”, esto es, el evento que signe el inicio de la transformación del mundo burgués. En su respuesta afirma que el mismo no puede reducirse a un “hecho mecánico como la pobreza”, sino que es preciso encontrarlo en “la audacia del pensamiento que crea mitos sociales siempre más altos y luminosos” (Gramsci, 1982: 283). Vemos aquí la cuestión de la constitución de una subjetividad colectiva, esta vez bajo la figura soreliana del mito en tanto imagen-fuerza. Lejos de las derivas iluministas del socialismo de su tiempo, que en su abstracto racionalismo tendían a desechar las variadas formas de pensamiento de las clases subalternas en tanto obstáculos para su concientización política, Gramsci señala constantemente la necesidad de reconocer la complejidad de dichas concepciones del mundo en tanto punto de partida para una interpelación política de las

³ Los principales destinatarios de las polémicas intervenciones gramscianas en distintos periódicos socialistas son, en efecto, los más importantes representantes del socialismo positivista italiano de aquellos años, Achille Loria, Claudio Treves y Flippo Turati. En relación a Treves, Gramsci despliega una extensa y significativa impugnación de sus posiciones teórico-políticas en “La crítica crítica”, artículo publicado en enero de 1918 en el semanario *Il grido del popolo*. Allí, Gramsci se refiere a la esterilización a que el positivismo italiano llevó al pensamiento de Marx, al reducirlo a “un esquema exterior, una ley natural que se verifica exteriormente en relación a la voluntad de los hombres, de su actividad asociativa, de las fuerzas sociales que esta actividad desarrolla” (Gramsci, 1982: 554-558).

mismas en sentido emancipatorio. Así, el socialismo en tanto movimiento no puede prescindir de interpelar la dimensión afectiva, mítica y religiosa del hombre, de lo contrario deviene canon abstracto desprovisto de cualquier vinculación con las masas. Es en este contexto que el concepto de mito permite replantear sobre un nuevo terreno las oposiciones abstractas entre ideología y ciencia, entre falsa conciencia y verdad, articulándose con una problematización acerca de la religiosidad y las tradiciones populares, así como de la relación entre intelectuales y masas, abriendo dimensiones y asumiendo posiciones que lo llevan a rebasar rápidamente los estrechos límites en que había sido confinado el marxismo en tanto horizonte teórico-político, y que constituirán el terreno ampliado sobre el que retornará en sus escritos carcelarios.

II. La ideología como terreno, la hegemonía como práctica

En un pueblo italiano sucedió este hecho: tres días luego de la muerte de Lenin, murió un trabajador agrícola, comunista, que junto a sus compañeros de trabajo había sido obligado a inscribirse en las corporaciones sindicales fascistas. Dicho trabajador se hizo sepultar vestido de rojo con el pecho escrito: Viva Lenin (...) El sepulturero relató el hecho y los fascistas disolvieron todas las organizaciones locales que estaban formadas en su mayoría por campesinos pobres revolucionarios (...) Estos nombres, en una gran parte de la masa más pobre y atrasada, devienen casi un mito religioso. Es esta una fuerza que no hay que destruir...

Carta escrita por Gramsci desde Viena en enero de 1924 (Gramsci, 1992: 204).

En los *Cuadernos de la cárcel*, el análisis de la dimensión imaginaria en tanto terreno fundamental en que se despliega la lucha por la constitución de las subjetividades colectivas se ve reformulado al desplegarse en el novedoso suelo provisto por una serie de desarrollos fundamentales en los que se embarca Gramsci en sus escritos carcelarios. El primero de ellos se vincula con un replanteamiento de la noción de ideología y busca dar

cuenta de su extensión en el campo de las superestructuras a distancia de cualquier noción de reflejo, apariencia o mero efecto que mellaría su eficacia histórica para reducirla a “conciencia invertida del mundo real”⁴. El segundo, estrechamente vinculado con el anterior, se plantea en torno al concepto de hegemonía en tanto práctica articuladora, ejercicio de poder por parte de una clase que opera sobre un plano de diferencias tendiendo a producir formas contingentes de unificación mediante la combinación siempre singular de subordinación y reconocimiento (Gramsci, 1975: 474-484). Es en el terreno ya desbrozado de la ideología y habiendo asumido la necesidad de una práctica hegemónica para las clases subalternas italianas, que la cuestión del mito político retorna en el cuaderno N°13, aunque encauzada esta vez –*secularizada* decíamos más arriba– por las murallas de contención provistas por ambos conceptos. Como si los mismos –la ideología como terreno, la hegemonía como práctica–, proveyeran una suerte de grilla de inteligibilidad que hace posible reinscribir la problemática del mito, de los afectos y la imaginación de las masas en una teoría más amplia respecto al modo en que se constituyen –se *suscitan*, dirá nuestro autor en el mencionado cuaderno– las voluntades colectivas en la historia.

Del mismo modo, es en tal contexto que el concepto de ideología se constituye en tanto premisa fundamental para el desarrollo de la categoría de hegemonía, en la medida en que sólo si el terreno ideológico en toda su extensión –del folklore a la filosofía, pasando por el sentido común y la religión– deja de ser considerado indistintamente como terreno de la falsa conciencia y del engaño, o en tanto mero efecto de las estructuras económicas, resulta posible pensar en la tarea política de la hegemonía. Dicho de otro modo, la hegemonía como operación de traducción de un conjunto de reivindicaciones particulares surgidas en la esfera económica que se dirige hacia formas políticas crecientemente universales, esto es, capaces de atraer e incorporar a un proyecto político a otras clases –el pasaje de la “fase económico-corporativa (...) a la fase de la hegemonía político-intelectual en la sociedad civil”, del que nos habla Gramsci en el cuaderno N°4 (1975: 461)–, presupone que el campo de fuerzas ideológicas sobre el que se ejerce esta práctica de traducción constituye un terreno político atravesado por relaciones de fuerza entre los

⁴ Para un análisis detenido del modo en que Gramsci desarrolla una teoría positiva de la ideología en los textos carcelarios, *cfr.* Liguori (2004).

grupos sociales, lo que determina la eficacia relativa de los mismos en tanto logren, o no, unificar y volver homogéneas a las masas⁵.

Volvamos ahora nuestra mirada sobre otro pasaje fundamental del cuaderno N°13. En el extenso párrafo 17 de dicho cuaderno, que constituye una reescritura del recién citado párrafo 38 del cuaderno N°4 y en cuyo desarrollo son formuladas las conocidas tesis gramscianas referidas al concepto de “relaciones de fuerza” y sus diferentes niveles de análisis en tanto delimitación conceptual del terreno histórico-político de las dinámicas sociales, encontramos una puesta en discusión del concepto de crisis⁶. Allí, Gramsci desarticula con minucia la matriz economicista a partir de la cual se había pensado la crisis –característicamente en términos de una teoría del derrumbe del capitalismo por sus solas contradicciones económicas–, para pensarla más bien en tanto terreno del enfrentamiento político. Como ha sido señalado por Frosini (2010), el presupuesto decisivo de una crisis no viene dado ya por la dinámica interna a la estructura económica sino por la activación y unificación política de los subalternos, la cual viene a poner en cuestión la hegemonía dominante obligándola a reestructurarse de manera tal de desactivar dichas expresiones políticas, intentando neutralizar por todos los medios los efectos y dinámicas de universalización desatados a partir de la práctica hegemónica de los subalternos. Afirma Gramsci: “El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta que se puede hacer avanzar cuando se considera que una situación es favorable (y es favorable solo en cuanto una fuerza tal exista y sea plena de ardor combativo)” (Gramsci, 1975: 1588). Así, no se trata ya de entender la dinámica histórica en

⁵ En un importante pasaje de los *Quaderni del carcere*, Gramsci afirma “Se es conformista de un cierto conformismo. Se es siempre hombre-masa u hombres-colectivos. La cuestión es esta: ¿de qué tipo histórico es el conformismo, el hombre-masa del que se forma parte? Cuando la concepción del mundo no es crítica y coherente sino ocasional y disgregada, se pertenece simultáneamente a una multiplicidad de hombres-masa, la propia personalidad está compuesta de modo bizarro: se encuentran en ella elementos del hombre de las cavernas y principios de la ciencia más moderna y avanzada, prejuicios de todas las fases históricas pasadas (...) el inicio de la elaboración crítica es la conciencia de aquello que es realmente, esto es, un ‘conócete a ti mismo’ como producto del proceso histórico desenvuelto hasta ahora y que ha dejado en ti mismo una infinidad de huellas recogidas sin beneficio de inventario. Es necesario hacer inicialmente un tal inventario” (Gramsci, 1975: 1376).

⁶ En el proceso de elaboración de sus escritos carcelarios, Gramsci comienza a inicios de 1932 un trabajo de reelaboración del cúmulo de notas elaboradas hasta ese momento, de manera tal de reagruparlas en cuadernos temáticos. En dicho complejo trabajo de montaje, algunos pasajes son modificados significativamente, otros que anteriormente se encontraban separados son agrupados y se agregan nuevos textos. Es en el análisis de dichas variaciones que debe buscarse el “ritmo del pensamiento en desarrollo”, aguijoneado por los sucesos de los que tiene noticia en la cárcel así como por el acceso a diversas fuentes bibliográficas. Cfr. Gerratana (1975).

términos de la primacía dada al conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, de acuerdo a la lectura canónica del célebre prólogo de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política* que Gramsci se propone discutir, sino de atender al momento catártico entendido en tanto proceso de constitución y organización política de los grupos sociales involucrados en el antagonismo social. Al poner en cuestión los presupuestos que sostienen una tal concepción de la relación entre estructura y coyuntura, entre economía y política, y desarticulando de tal modo el estadalismo marxista según el cual sería el estadio relativo del desarrollo de las fuerzas productivas el que crea las condiciones para considerar una coyuntura como revolucionaria, Gramsci afirma que son las relaciones entre las fuerzas políticas y sociales permanentemente en tensión las que abren la posibilidad de una dislocación de la estructura de dominación, en la medida en que las fuerzas sociales logren trascender su particularidad interviniendo activamente en la lucha en el terreno ideológico, interpelando a las masas para constituir las en tanto voluntad colectiva y afirmando *prácticamente* su verdad. De este modo, “el presupuesto decisivo de una crisis es entonces la construcción de una imaginación común a los subalternos, una imaginación capaz de unificarlos en una lucha común” (Frosini, 2010: 196).

III. Mito y hegemonía

Es en este contexto que la cuestión del mito, es decir, la consideración de los afectos y la imaginación de las masas en tanto terreno fundamental en que se juega su constitución como sujetos colectivos, retorna en los escritos carcelarios gramscianos. Recordemos que el cuaderno N°13, aquel que hemos venido comentando y que se titula “Notas breves sobre la política de Maquiavelo”, se abre con una extensa consideración referida a la necesidad de leer *El príncipe* en tanto libro “vivo”, libro “en el que la ideología política y la ciencia política se fusionan en la forma dramática del ‘mito’” (Gramsci, 1975: 1555). El mito encuentra su lugar aquí al interior de una constelación conceptual diversa, *secularizada*, en la cual los conceptos de ideología y hegemonía permiten a Gramsci, como hemos visto, desarticular la matriz economicista a la hora de pensar tanto la crisis como la constitución de las subjetividades políticas en la historia. Al mismo tiempo, sin embargo,

permiten tomar distancia del espontaneísmo característico de las posiciones de Sorel y sus epígonos, signadas por la renuencia a tomar en consideración el necesario trabajo de interpelación hegemónica que debe suceder a la escisión social que habilita el mito. Respecto de esta segunda operación, la encontramos condensada en el siguiente pasaje del cuaderno N°13:

¿Puede un mito ser “no constructivo”? ¿Es posible imaginar, en el orden de intuiciones de Sorel, que sea productivo en realizaciones un instrumento que deja la voluntad colectiva en la fase primitiva y elemental del mero formarse, por distinción (por “escisión”), aunque sea con violencia, es decir, destruyendo las relaciones morales y jurídicas existentes? Pero esta voluntad colectiva, formada de manera elemental, ¿no cesará súbitamente de existir, disolviéndose en una infinidad de voluntades singulares que en la fase positiva seguirán direcciones diferentes y contradictorias? (Gramsci, 1975: 1557).

Si la reformulación del concepto de ideología ha permitido a Gramsci avanzar en una consideración no reduccionista de la multiplicidad de elementos sedimentados que la constituyen en tanto terreno de lucha, el concepto de hegemonía hace posible efectuar un cierre de cuentas con el legado de Sorel, al entrelazar el reconocimiento del mito como ineludible terreno de la lucha política con un distanciamiento crítico en relación con el desdén que su teoría de la huelga general implica respecto de la necesidad del trabajo de la hegemonía, práctica efectiva de concreción de una subjetividad política común. En este sentido, la crítica al espontaneísmo que se despliega en el cuaderno N°13 permite a Gramsci pensar conjuntamente el mito y la crítica del mito, en la medida en que si, por un lado, la asunción de la dimensión imaginaria implícita en la constitución de las subjetividades colectivas lo lleva a señalar la necesidad de interpelar los afectos y la imaginación política del pueblo, de manera tal de crear una “fantasía concreta” que “actú(e) sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar en él la voluntad colectiva” (Gramsci, 1975: 1556), produciendo de este modo un desplazamiento radical respecto al *ethos* ilustrado característico del marxismo doctrinario, dicha operación resulta inmediatamente inscripta en una política de articulación hegemónica de las fuerzas sociales, de manera tal que el encandilamiento mítico no desvanezca el sentido emancipatorio de las luchas y que la escisión abierta por la suscitación mítica pueda conjugarse con el trabajo político de

constitución de una subjetividad colectiva⁷. La dialéctica entre ambos momentos, el de la asunción de la dimensión imaginaria como terreno y el de la afirmación de la hegemonía como práctica, constituye así el marco en que Gramsci se propone rehabilitar un marxismo de nuevo cuño, capaz tanto de eludir los reduccionismos de sus declinaciones ortodoxas, economicistas –que mellan su efectividad histórica para convertirlo en un avatar más de la racionalidad ilustrada, tornándolo un marxismo desencantado, un marxismo de las formas incapaz de suscitar fuerza expansiva alguna sobre las masas–, como de evitar las derivas espontaneístas –que en su celebración del magno momento agonístico de la huelga general en tanto mito catalizador de las masas no se interrogan por los modos en que las subjetividades forjadas al calor del mito podrían subsistir y devenir hegemónicas–.

IV. Del libro como *canon* al libro *viviente*

La revolución se hace *contra* un libro, *con* otro. Si en 1918 el joven militante socialista llamaba a pensar los acontecimientos en Rusia en términos de una revolución que se hace *contra* un libro, *El capital*, de manera tal de atender a las dinámicas sociales irreductibles a las interpretaciones etapistas, lineales y progresistas de los textos de Marx, en 1932 el militante comunista, condenado por el fascismo a una suspensión forzada de la praxis, señala la necesidad de atender a *El príncipe*, libro *viviente*, texto a la vez imaginativo y artístico que *suscita* al pueblo, operando un desplazamiento fundamental respecto al entendimiento iluminista propio del marxismo heredado, incapaz de suscitar fuerza expansiva alguna sobre las masas. Esta singular perspectiva de un mito secularizado mas no *desencantado*, así como de un marxismo pensado en tanto interpelación política capaz de dirigirse a los afectos y la imaginación política del pueblo a distancia de cualquier llamado a restablecer la natural transparencia de la política, se condensa en el sintagma “fantasía concreta”. Mito y hegemonía, imaginación y política, mitología y filosofía, pueblo e intelectuales, Sorel y Maquiavelo/Marx son invocados conjuntamente en dicho sintagma, con plena conciencia por parte de Gramsci de la radicalidad de la operación y de la apuesta política que está llevando a cabo, que no es sino la de reconocer en el mito el terreno de una

⁷ Sobre la relación entre mito y organización en la tradición marxista latinoamericana, véase el artículo de Juan Ignacio Garrido en este mismo volumen.

batalla en la que las fuerzas emancipatorias deben intervenir mediante un incesante *ejercicio de inventario* que ausculta la ideología en sus pliegues más esquivos, de una manera no reduccionista y más allá de los la primacía otorgada a los elementos doctrinarios, todo lo cual constituye la tarea ineludible, y la condición de posibilidad misma, de una política hegemónica efectiva.

Referencias bibliográficas:

Cospito, G. (2004), “Egemonia”, en Fabio Frosini y Guido Liguori, *Le parole di Gramsci: per un lessico dei Quaderni del carcere*. Carocci, Roma.

Gerratana, V. (1975), “Prefazione”, en Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*. Edizione critica dell’Istituto Gramsci, Einaudi, Torino.

Gramsci, A. (1975), *Quaderni del carcere*. Edizione critica dell’Istituto Gramsci, Einaudi, Torino.

Gramsci, A. (1982), *La città futura. 1917-1918*, a cura di S. Caprioglio, Einaudi, Torino.

Gramsci, A. (1984), *Il nostro Marx. 1918-1919*, a cura di S. Caprioglio, Einaudi, Torino.

Gramsci, A. (1992), *Lettere, 1908-1926*, a cura di A. Santucci, Einaudi, Torino.

Gramsci, A. (2009), *Bajo la mole. Fragmentos de civilización*, Sequitur, Madrid.

Lacoue-Labarthe, P. y Nancy, J.-L. (2012), *El absoluto literario: teoría de la literatura del romanticismo alemán*, Eterna Cadencia, Buenos Aires.

Liguori, G. (2004), “Ideologia”, en Fabio Frosini y Guido Liguori, *Le parole di Gramsci: per un lessico dei Quaderni del carcere*, Carocci, Roma.

Paggi, L. (1984), *Le strategie del potere in Gramsci*, Riuniti, Roma.

Rapone, L. (2011), “Gramsci giovane: la critica e le interpretazioni”, *Studi Storici*, anno 52, numero 4, pp. 975-991.

José Gabriel Rovelli es profesor, licenciado y doctorando en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). En la actualidad se desempeña asimismo como profesor asistente en dicha institución. Sus intereses de investigación se han centrado en la relación entre marxismo y política, tanto a partir de la obra de Marx y de Gramsci así como de otros mojonos fundamentales del pensamiento contemporáneo. Ha publicado diversos trabajos en revistas y libros colectivos y fue compilador, junto a Hernán García, del libro *Crítica y mito* (Brujas, 2012). Contacto: jroveli84@hotmail.com